

Manon no nos revela este aspecto de su inspiración fúnebre que hubiera divertido á Edgardo Poe y á Baudelaire. Obsérvese á Patricio en el *Dean de Killerine*, rondando en torno de una morada en la que ve deslizarse á varias personas vestidas de negro. Las sigue á través del patio y del vestíbulo hasta una vasta sala abovedada:

Lo que ocurrió después habría podido espantarme, de ser yo más tímido. Acercaron cuatro hombres un gran cofre que depositaron en medio de la sala. Abriéronlo para sacar un paquete informe, en que reconocí inmediatamente un cadáver, cubierto con el último traje de los muertos. Seguía reinando el silencio en la asamblea. Vi aparecer en el mismo instante un féretro negro en el que fué encerrado el cadáver. Colocáronlo sin ceremonia alguna en el fondo de una fosa preparada en un rincón de la misma sala y que yo no había observado aún. En seguida la llenaron de tierra.

Lo que *Manon* nos revela en cambio es el carácter particular del amor, tal como lo sintió y describió Prévost, no ya el amor frívolo y libertino, que va revoloteando de una hermosa en otra sin fijarse en ninguna, sino el amor fuerte y profundo que nace como un relámpago y dura toda la vida; esto también es muy shakesperiano:

Nodriza, dice Julieta señalando á Romeo, anda á enterarte del nombre de ese joven; si no puedo ser su mujer, el convento será mi cámara nupcial.

Este amor súbito, imperioso y fuerte, es el único que ha descrito el abate Prévost, haciendo de él una cosa seria y llena de dolor, lo que constituye una concepción muy especial en aquella época.

¡Qué variedad, qué actividad y que fecundidad en aquel abate cuya vida romántica, referida en sus *Memorias de un hombre de calidad*, fué un tejido de aventuras. Su carrera de periodista le asegura un puesto que hasta ahora se le había escatimado en la historia de la prensa. Es más, dos veces debió el destierro á su celo de periodista demasiado bien informado. Su periódico *El Pro y el Contra* contiene artículos muy extraordinarios por su novedad y por su semejanza con nuestras más recientes actualidades, tales como el derecho de los hijos naturales, la emancipación de las mujeres, la supresión de la enseñanza del latín¹ y la introducción en Francia de las literaturas extranjeras, ¿Pudo imaginarse jamás un antepasado más moderno?

En esta obra tan vasta hay que desentrañar el papel del amor, la parte que corresponde á lo romántico y sobre todo el pesimismo que

1. En esto no parece que anduvo acertado, porque muchos escritores modernos (entre otros Anatole France) se lamentan de que la simple disminución del estudio del latín, ha hecho descender el nivel literario. (N. del T.)

influyó en Juan Jacobo Rousseau y preparó á Senancour y á Chateaubriand.

De Inglaterra trajo Prévost la siguiente linda página sobre las estaciones termales:

Las aguas en Inglaterra son tal vez los únicos sitios del mundo en que hay mayor número de diversiones. En ellas se encuentran en todo tiempo bellezas de todas las edades que van á ostentar sus encantos; doncellas y viudas que buscan marido; casadas que se consuelan de tener maridos fastidiosos; jugadores que son primos ó llegan á serlo; músicos, danzantes, cómicos que se enriquecen con el placer que los otros pagan y que no dejan de compartir con ellos; por último, vendedores de toda clase de joyas, de chucherías y de galantería que se aprovechan del encanto que ciega á todo el mundo en aquellos lugares deliciosos para vender á peso de oro bagatelas que se avergonzaría uno de comprar una vez que ha salido de allí. Si suelen verse algunos enfermos, no se ven esas enfermedades que quitan el gusto y la alegría. Tampoco se ve allí nunca la pobreza porque allí sólo se va para echárselas de rumboso y se tiene buen cuidado de retirarse cuando el bolsillo va estando flaco.

¿No parece este cuadro trazado ayer mismo? Fué un hombre sorprendente por su extraordinaria movilidad. Es un Beaumarchais monástico. Hacía cambalaches con la misma astucia que frases ingeniosas porque en esto había heredado á su tía de la que cuenta:

Recuerdo que estando en la Congregación de Saint-Maur, tenía una anciana tía que escribía que le recogiese todos los cabos de misa que pudiese oír y que le hiciese con ellos todas las semanas un paquetito *espiritual*.

También es digno de leerse este aviso á los críticos:

No hay que creer que con limitarse á hacer justicia á los buenos libros se renuncia en absoluto á la crítica. Aparte de que la flaqueza humana no permite esperar que haya obras sin defecto, la crítica más difícil no es la que hace distinguir el bien del mal ó al buen escritor del malo.

Hay un discernimiento más delicado que consiste en determinar los diferentes grados del bien y que mide el mérito más bien por los felices rasgos que le hacen aproximarse en mayor ó menor grado á la perfección, que por la distancia á que se halla de lo malo y de lo mediano.

Sabio consejo que debería guiar igualmente la conducta y la moral en la vida. Una parte de la felicidad consiste en discernir más pronto lo bueno que lo malo. Los buscadores de tachas son desgraciados, puesto que andan siempre descontentos.

En el período siguiente, constituyen la gloria de este género Voltaire, Juan Jacobo Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre.

Las novelas y cuentos de Voltaire así como las de Rousseau, de Marivaux y de Florian se hallan estudiadas en los capítulos consagrados á estos grandes nombres.

Restáanos Bernardino de Saint-Pierre; pero antes de hablar de él, debemos pasar revista á algunos autores menos importantes.

Concedamos un ligero recuerdo á la Srta. de Lussan, por sus *Anécdotas de la corte de Felipe Augusto* (1733) y sus novelas históricas *Carlos VIII* (1741), *Francisco I.* (1748), *Enrique II* (1749), *Carlos VI* (1753), *Luis XI* (1755), y *Crillon* (1752); al caballero de la Morlière, libelista que atacó á Voltaire, á Crébillon y á la Clairon y trazó un cuadro bastante curioso de las costumbres parisienses en su novela *Angola*; á Dorvigny (á quien confundían con su vecino de la calle Vieille-du-Temple, Dorvigny Dauphin, bastardo de Luis XV): — Dorvigny, que era autor y representaba en casa de Nicolet, creó el género y el tipo de Janot, famoso por sus disparatadas y populares ocurrencias que tuvieron una boga considerable.

Después de Janot, bobo popular, creó á Jocrisse, tipo de la estupidez vanidosa y rica.

Escribió muchas novelas, *Mi Tía Genoveva* ó *De buena me he librado*, relato alegre y vulgar con tipos bien dibujados en medio de una nube de personajes, en el género de Pigault-Lebrun ó de Paul de Kock; la *Nueva Novela Cómica*, *Magdalena Friquet* ó *los amantes del faubourg Saint-Martin*; la *Señora Botte* é *Inocente Poulot*, otro tipo célebre. Cubrière, su compañero de borracheras en casa de Ramponneau, leyó sobre su tumba un homenaje en verso.

¡Y cuántos otros más! ¿Qué diremos del *Paseo de Saint-Cloud* de Fromaget, encantador cuadrado de las costumbres parisienses donde se ve por ejemplo que, en la burguesía, el colmo de la galantería para un joven consistía en sentarse, en un coche, en el asiento del fondo, al lado de la madre y en colocar á la joven sobre sus rodillas? Era la costumbre y hubiera sido una grosería faltar á ella. Nuestros padres no eran tontos.

¿Pues y Cazotte? La primera vez que se oyó hablar de Cazotte fué en la Martinica hacia 1760. Los ingleses intentaron un golpe de mano contra Saint-Pierre. El gobernador los dejó desembarcar, y los echó luego al mar. Era Cazotte. Cuando volvió de las Antillas, ya célebre, pero muy enfermo, trajo de allá en su equipaje gran número de cuentos

y novelas, una de las cuales por lo menos, el *Diablo Enamorado*, tuvo éxito extraordinario. Porque aquel hombre de acción era al mismo tiempo un narrador lleno de encanto. Tenía imaginación, estilo y fecundidad. Rimó en una noche el séptimo canto del poema de Voltaire, sobre la guerra de Ginebra y esta descarada imitación engañó á toda Francia. Compuso, también en una sola noche, *los Zuecos*, ópera cómica que tuvo gran éxito. Después se consagró por completo á las ciencias ocultas y se introdujo en la sociedad de los místicos, espiritistas y mesmerianos que tanto daban que pensar á los parisienses. De aquí le vino á La Harpe la idea de atribuirle la famosa profecía de la Revolución que no es más que un juguete literario!

Amigo de la corte y sospechoso, Cazotte se vió reducido á prisión. La intervención de su hija Isabel, que supo ablandar á los *sanscolotes*, logró salvarle por de pronto. Pero apenas puesto en libertad, fué de nuevo preso, juzgado y condenado á muerte.

No menos extraño fué Restif de La Bretonne, cuya vida fué una verdadera novela. En los doscientos volúmenes de aventuras de color subido que escribió, más de cuarenta constituyen su propia historia. Discípulo idólatra de Rousseau, se propuso demostrar con su ejemplo la verdad de su teoría acerca de la virtud del hombre de los campos y la corrupción de las grandes ciudades. Era hijo de labrador y pertenecía á una familia honrada, pero vino á París y se perdió. Le destinaban á la iglesia, mas él no quería que le hablaran de ello. Su hermano, cura de Courgis, le recogió; pero como él tenía un ama, hubo un escándalo, y Restif se vió echado á la calle. Aprendió el oficio de impresor y entró en casa del editor Knappen. Allí leyó sin discernimiento todos los libros buenos y malos del siglo, y le ocurrió la idea de escribir. No tenía ni estilo ni ortografía; pero su fecundidad era increíble; imprimía directamente, sin escribirlos, capítulos enteros, que no son de los peores. En algunos años publicó unos treinta volúmenes de aventuras verdaderas ó falsas, escandalosas, verdes é indigestas; pero que llamaron en seguida la atención sobre su nombre. Entró seguramente por la mala puerta, pero al fin entró en la sociedad literaria, y hasta fué festejado por personas de categoría á pesar de su fealdad y de su suciedad legendarias. Fué admitido en varios salones, tuvo intimidad con Fontanes, con Mirabeau y con Chénier, y halló en sus aventuras galantes inagotable materia para sus novelas. Se casó varias veces por interés, le salió muy mal la cuenta, y fué el primero en reirse refiriéndonos, sin pudor, sus desgracias conyugales en la *Esposa infel.*

1. Por la misma época hubo en España un médico, periodista, filósofo, profesor, nigromante, el célebre Torres de Villarroel que predijo, con admirable precisión, la Revolución francesa y la muerte de Luis XVI, después de haber predicho con no menor acierto la muerte prematura de Luis I, hijo de Felipe V. (N. del T.)

Rousseau había escrito sus *Confesiones*; Restif encontró la idea genial y digna de sí. Se confesó á sí mismo en el *Sr. Nicolás, ó el corazón humano al descubierto*, y confesó á los demás, así amigos como amigas, en las *Aventuras de las más lindas mujeres de la época presente*, inmenso repertorio, en 42 volúmenes, de sus aventuras galantes y de las ajenas.

La Revolución hizo que le olvidaran un momento. Bajo el Terror lo encontramos de nuevo como terrorista. Pero la gran baja de los asignados lo arruinó y acabó siendo polizón en tiempo del Imperio.

Se proclamaba gran escritor é iba por todas partes celebrando su genio. Muchos se han burlado de él, pero acaso han ido demasiado lejos. Restif es poco recomendable; pero ocupa un lugar en nuestra literatura. De los 200 volúmenes que escribió (ó imprimió), se pueden entresacar muchas páginas verdaderamente vigorosas, cuyo poderoso realismo anuncia á Balzac con un siglo de anticipación¹. Su obra maestra, el *Aldeano pervertido*, novela en forma de cartas, es un cuadro de costumbres muy interesante y de gran relieve. La tesis es de Rousseau y las aventuras, las suyas propias, excepto el desenlace trágico. Un joven campesino, llega á París y se siente al pronto intimidado por las maneras y la facundia de sus habitantes; luego se escandaliza de su corrupción; pero no tarda en civilizarse y en ponerse al unísono con ellos, cayendo hasta el último grado del vicio y de la deshonra. Es la historia misma del autor. Condenado á galerías, logra evadirse, asesina á su propia hermana, y acaba por hacerse aplastar por un carruaje. Á pesar de la difusión y de algunos detalles demasiado libres, esta obra, llena de verdad brutal, produce una impresión muy viva y resulta moral por el ejemplo².

¿Puede decirse otro tanto de la obra única del novelista Choderlos de Laclos?

Oficial en tiempo de la Revolución, secretario de Felipe Egalité, agente sospechoso de diversos partidos, ya desterrado, ya preso, y general bajo el Imperio, Choderlos sería desconocido si no hubiese publicado, en 1882, la novela atrevida y licenciosa que lleva por título *Relaciones Peligrosas*; se hubiera hecho muy poco caso de sus demás obras literarias: *Carta á la Academia*, *Causas secretas de la revolución del 9 de Termidor*, y *Poesías fugitivas*.

Más que las escandalosas aventuras que pone en juego en las *Relaciones peligrosas*, importa considerar con cuanta viveza trazó Laclos el

1. Parece harto benévolo este juicio. Menéndez Pelayo, en la ya citada obra, dice: « Restif es una especie de salvaje monomaniaco de lubricidad y al mismo tiempo predicador insostenible de virtud; algo así como un Rousseau sin talento, sin imaginación, sin cultura y sin estilo. » (N. del T.)

2. Después de la Morlière, autor de *Angola*, y de Dorvigny, en el Paseo de Saint-Cloud, Restif es el autor más rico en noticias de toda clase sobre las costumbres populares en la época anterior á la Revolución. (N. del T.)

cuadro de su sociedad envilecida, agotada, nerviosa, y llegada á la última degradación en visperas de la caída. El estilo de esta obra maestra detestable, es encantador, amable, lleno de pérfida candidez y tal vez jamás inspiró el amor ingenuo una pintura tan conmovedora. Sobre aquella podredumbre han surgido flores deliciosas como azucenas en un muladar, y no hay nada tan conmovedor como las primeras cartas de Cecilia de Volanges; la en que toma á un zapatero por un novio y la de la arpa merecen ser leídas por su gracioso candor. Cecilia cuenta á su amiga Sofía noticias acerca del Sr. Danceny.

Yo no quería hablar de él á nadie; pero pensaba en él constantemente. Después se había puesto tan triste, tan triste, que me daba mucha pena, y cuando yo le preguntaba por qué, me decía que no, pero yo veía muy bien que sí.

En fin ayer lo estaba más que de costumbre. Esto no impidió que tuviese la complacencia de cantar conmigo como de ordinario; pero siempre que me miraba, se me oprimía el corazón. Luego que acabamos de cantar, fué á encerrar mi arpa en su caja y, al entregarme de nuevo la llave, me suplicó que la tocara por la noche tan pronto como estuviese sola.

Yo no tenía la menor desconfianza, y no quería; pero me rogó tanto que le dije que sí. Tenía sus razones. Efectivamente, cuando me retiré á mi cuarto y cuando mi doncella hubo salido, fuí á sacar mi arpa, y encontré entre las cuerdas una carta suya doblada simplemente y sin sobre.

¡ Oh ! ¡ si supieras lo que me dice !

Desde que he leído su carta siento tanto placer que no puedo pensar en otra cosa. La he releído cuatro veces seguidas y después la he guardado cuidadosamente. Ya me la sabía de memoria y cuando me acosté, la repetí tantas veces que no podía dormirme. Apenas cerraba los ojos, le veía á mi lado diciéndome en persona todo lo que acababa de leer. No me dormí hasta muy tarde. Inmediatamente que me desperté (era aún bastante temprano) fuí á coger su carta y me la llevé á mi cama para leerla á mi gusto. Después la besé como si... Tal vez he hecho mal en besar una carta de este modo. Pero no pude menos de hacerlo.

La intención de la obra es moral, el autor se propuso hacer odioso al vicio presentándolo al desnudo; el juego es peligroso porque es siempre de temer que se fije la mirada en la pintura sin que el entendimiento ahonde hasta encontrar la lección¹.

Mencionemos también á Plancher Valcour, actor, poeta y director de los Recreos Cómicos bajo la Revolución, autor de *Sansculótidas sangui-narias*, juez de paz, y por último proveedor de dramas para el teatro de la Emperatriz hasta 1808.

1. Todos estos moralistas que se complacen en trazar los cuadros más licenciosos son como el Diabolo predicador. Podría decirseles, con Iriarte:

¡ Maldígale el cielo, maldígale, amén !

Después que estás harto de hacer tanto mal

¿ Qué importa que puedas hacer algún bien ?

Reunió 20 volúmenes de causas célebres (*Los Anales del crimen y de la inocencia*) y escribió la demasiado alegre novela de Colin Maillard que pertenece al género de Scarron, menos en el estilo, ó al de Paul de Kock sin la florecilla azul del sentimiento. Era un hombre brutal y feroz. Decía en 1793.

— « Los reyes se pusieron la máscara popular, pero de tal modo se había incrustado en la piel, que no pudo caer sino con la cabeza. »

Es uno de los antepasados del melodrama y de la novela popular que demuestran la orientación de la literatura hacia un realismo cada vez más burgués y proletario.

Suzanne Giroux, la Morency, la amiga de Herault de Séchelles y de algunos otros, que fué reducida á prisión en 1790 por error (habían tomado la lista de sus amantes por una lista de conspiradores) hizo novelas al fin de su vida y escribió páginas galantes después de haber puesto en práctica la galantería. En *Itirina ó el Escollo de la Inexperiencia*, *Rosalina ó los engaños del amor*, *Lisa ó los ermitaños del Mont-Blanc*, *Eufemia ó las consecuencias del sitio de Lyon* y *Zefira y Figela*, títulos y nombres que huelen á Directorio.

Y ¿qué diremos de Gorjy, autor de novelas sensibles cuyas ilustraciones dibujaba él mismo? Entre sus obras figuran *Blancay, el Buen Pánfilo*, y su mejor libro, *Ann'quin Bredouille, ó el Sobrino de Tristán Shandy* que recuerda á Hudibras ó á John Bull. Es un comentario sensato de la Revolución y un cuadro instructivo, vigoroso y lleno de color. *Ann'quin Bredouille*, con sus amigas, Adula y la Sra. Jerniffle, llega de su aldea, y cae en la gran ciudad de Neomania en medio de una tempestad; el cocinero Tamar (Marat) le alimenta con fuego abrasador; apaga su sed en la posada de los Actos de los Apóstoles, y hele visitando la ciudad, contemplando sus tipos originales, sus vendedores de modas, de canciones, de gorros á la Atlántida, de lazos á la Fraternidad Universal y hollando un pavimento formado por una especie de mosaico de antiguos blasones fuera de uso. Hay que leer, en este curioso relato, el cuadro de la fiesta del altar de la fraternidad, la toma de la Bastilla, las partidas de cartas en que las sotas valen más que los reyes, y las maravillas del aparato del doctor Guillotin, adornado con flores, oro y diamantes, con una hacha de coral y rubíes para que no se vea la sangre y una caja de música bajo el pedestal, la cual toca aires encantadores. El verdugo dice al condenado :

— Inclinaos para oír mejor.

Todo ello es tan exquisito que hasta la misma cabeza duda de si ha sido cortada; necesita oír los aplausos para convencerse de ello.

Para descansar de estos horrores, contemplemos el espectáculo tranquilo y gracioso que nos ofrece Bernardino de Saint-Pierre (1737-1814).

Nació en el Havre, fué amigo, discípulo y continuador de J. J. Rousseau y conoció por su propia experiencia las pruebas, las desilusiones, las dificultades, la lucha que tuvo que sostener su maestro contra la suerte y los hombres aunque no conoció las afrentas de aquél. La resistencia de su espíritu y su imaginación intrépida y sonriente, le preservaron de la amargura y del desencanto; á lo menos buscó consuelo y fuerza en las inspiraciones más elevadas, en el amor de Dios y en la admiración de la naturaleza. Sus *Estudios de la Naturaleza*, so color de ciencias naturales, son un himno á la creación, y todo su espíritu se halla contenido en las primeras líneas :

¡ Dios mío, conceded á estos trabajos de un hombre, no digo la duración ó el espíritu de vida, sino la frescura de la menor de vuestras obras ! ¡ Ojalá que sus gracias divinas pasen á mis escritos y vuelvan á llevar á vuestros pies á mi siglo como me han llevado á mí !

Para Rousseau, el espectáculo de la naturaleza fué el proceso de la depravación de los hombres. Para su discípulo, la naturaleza es el modelo y el refugio. Á diferencia de los fríos poetas descriptivos, cuyo mérito principal consistió en la habilidad de factura, en cierto rebuscamiento de forma y en una coquetería industriosa y puramente exterior, animó á la creación con el soplo divino, dió gracias al creador, y celebró la presencia del hombre que realza el valor de las escenas naturales con el sentimiento que agrega á las mismas. No le faltaba delicadeza y aunque tuvo muy poco vigor para las rudas paradojas de un Juan Jacobo, sabía responder cuando le atacaba.

Quando Geoffroy le maltrató, contestó con una carta algo viva que el *Journal de l'Empire* se negó á insertar en el sitio en que había aparecido la diatriba. Bernardino de Saint-Pierre fué á ver al ministro de policía y le expuso sus quejas, que este funcionario halló perfectamente justificadas, pero á las que no podía dar satisfacción « porque se opinian á ello consideraciones poderosas ».

« Puesto que no puedo obtener satisfacción de las injurias de un pedante grosero, dijo Bernardino, permitidme que os refiera lo que me ha ocurrido durante mi último viaje á Rusia. Encontré, al salir de Moscú, un enorme dogo que ladraba de una manera espantosa, y parecía querer lanzarse sobre mí. Como no tenía armas ni bastón ni nada que pudiese servir para mi defensa, me bajé para coger una piedra, pero cuál fué mi sorpresa al ver que estaba helada. No pude lograr arrancarla del suelo. Entonces exclamé lleno de ira : no permaneceré seguramente en un país en donde se suelta á los perros y se atan las piedras.

Rousseau turba, inflama, desconsuela y entristece; Bernardino de Saint-Pierre calma, reconcilia al cielo y la tierra, inspira tranquilidad

paz y serenidad. El uno desencadena el huracán de las pasiones y la tempestad de la guerra civil; el otro allana, purifica, consuela y nos eleva hacia un ideal de fraternidad social en sus *Votos de un solitario*; hacia la belleza y la admiración agradecida, en sus *Harmonías*; hacia el amor casto y las alegrías puras en *Pablo y Virginia*, ese libro de eterna juventud. No os lo referiré y os compadecería si no lo hubieseis leído.

Ad. Brisson ha publicado un curioso documento que todo hace suponer verídico. Pertenece á un rico habitante de la isla Mauricio, que lo había heredado de una bisabuela, la cual conoció á Bernardino de Saint-Pierre cuando fué á la isla de Francia, diez años después de los acontecimientos que había referido, porque los hechos fueron reales como lo indica la siguiente relación. *Virginia* se llamaba la señorita Caillou; *Pablo* fué un oficial de marina llamado Longchamp de Mantendre:

La Srta. Caillou, conocida hoy con el nombre de Virginia, pasó muy joven á la isla de Borbón donde tenía parientes. En 1741 volvió á Francia con el Sr. de Belval, su tío que había estado empleado en la Isla de Francia como ingeniero en jefe; tenía entonces unos doce años; era bien formada, linda y sobre todo interesante por la sensibilidad que caracterizaba todas sus acciones. Perfeccionó su educación en Francia, desarrollándose su ingenio y sus encantos. Por entonces el Sr. de Belval fué reintegrado en sus funciones de ingeniero y resolvió volver á las islas, embarcándose con su sobrina en el *Saint-Génard*.

«Una joven tan interesante y de tan brillante ingenio como Virginia, no pudo permanecer mucho tiempo á bordo de un barco sin atraerse todas las miradas. El Sr. de Longchamp de Mantendre fué el primero en rendirle homenaje. Era un joven de veintiséis años, oficial de marina, alto y apuesto y de carácter dulce y sensible; no tardó en reconocer la virtud de Virginia y le juró amor eterno. Sus sentimientos eran recíprocos. Fundados en la virtud, debían asegurar su dicha. La conducta de Virginia en tan larga travesía no desmintió jamás la opinión que había formado de ella el Sr. de Longchamp desde la primera entrevista. No hay prueba como la permanencia en un barco. Tantas personas, que no habían nacido la una para la otra, embarcadas juntas sin haberse visto, contrariadas por los elementos y por sus propios sentimientos, acaban por agriarse y no pueden dejar de manifestar su carácter. Estas animosidades aumentan el horror de una situación ya demasiado cruel por las privaciones que se experimentan en un largo viaje. Virginia fué siempre la misma; nada podía turbar la tranquilidad de su alma.

El *Saint-Génard* descubrió tierra el 17 de agosto de 1744. Es un momento que no pueden apreciar sino los que, privados largo tiempo de un objeto querido, lo encuentran al fin.

La alegría, la negligencia y la excesiva seguridad de los oficiales fueron causa del acontecimiento más desdichado. El Sr. de La Marre confió su barco á los que conocían aquella costa mejor que él. Se amainaron velas para esperar el día, pero el viento y el mar empujaban hacia la tierra. A eso de las dos de la mañana, el Sr. de La Marre, creyendo que estaba muy cerca de

tierra, mandó virar. Desgraciadamente era demasiado tarde. Apenas dada la orden, el barco tocó al fondo y perdió el timón. Las olas, batían de lado el barco y lo empujaban contra los arrecifes. Cayeron los palos y nada pudo resistir á su choque; iban hundiéndose el barco cuyas bordas cedían á su violencia. El Sr. de La Marre, después de las oraciones usuales en tales casos, abrazó á su tripulación y abandonó el barco á merced de las olas.

El Sr. de Longchamp estaba con la Sta. Caillou; y al ver que todas las embarcaciones estaban rotas, resolvió ir á nado á la Isla d'Ambre que estaba á una legua de distancia, y le juró que volvería á buscarla. Llegó felizmente á tierra. Lo cual parecería increíble si no agregase que los arrecifes y los bancos le ofrecían descanso aun cuando contribuían á aumentar el peligro. La tripulación siguió el ejemplo del Sr. de Longchamp. La noche hacía la situación más horrible. El Sr. de La Marre, que se negó constantemente á desnudarse, pereció sobre una balsa.

Virginia permaneció casi sola entre aquellos despojos. Júzguese del horror de semejante situación. La imagen de la muerte se presentaba bajo diferentes formas á cual más terribles; se veía rodeada de muertos y de moribundos, ahogados y matados por los despojos que flotaban en torno suyo. Sin embargo es cierto que se familiariza uno con la idea de la muerte, ya porque la providencia, siempre compasiva, endulce en esos momentos espantosos el horror del anonadamiento, ya porque haga al hombre indiferente á una muerte que considera como el término de sus sufrimientos.

El Sr. de Longchamp buscó inútilmente socorro. Al salir el sol, paseó inútilmente sus tristes miradas por una costa desierta; entonces, en el colmo de la desesperación, fijó al fin sus ojos en los horribles restos del naufragio, vió ó el amor le hizo creer que veía aún sobre el puente á su amada. Presa entonces de todos los sentimientos que pueden agitar una alma sensible, impuso silencio á la voz de la naturaleza y sólo escuchó la voz del amor y de la amistad; arrojóse al mar; apartó con increíble valor y destreza todos los despojos y llegó á la vista de la Sta. Caillou. Su presencia la animó y no tardó en hallarse á bordo. Empleó en vano todos los recursos de su imaginación para animarla á que se desnudase, pero se mostró inexorable.

El tiempo no permitía vacilar, respetó sus deseos, y echándose al mar, la colocó sobre su espalda y nadó durante algún tiempo. Pero abrumado por el peso de un objeto tan querido, no pudo resistir al flujo y reflujo de un mar borrascoso, y, cohibido en sus movimientos por las faldas de su amada, perdió fuerzas. En aquel fatal momento, el primer movimiento de ambos fué estrecharse mutuamente y en aquella posición exhalaron su tierno y último suspiro. El mar respetó su amor y los llevó hacia la orilla donde los encontraron estrechamente enlazados. Allí fueron enterrados, pero no existe una lápida que pueda transmitir á la posteridad el recuerdo de su desgracia.

Tal fué el fin de esta pareja infortunada, víctima del amor más generoso y de esas crueles consideraciones sociales que Virginia, en edad más madura, hubiera sacrificado sin duda al deber de salvarse y de conservar la vida al que se perdió por ella.

La exactitud de estos detalles se halla confirmada por otros documentos, especialmente por el informe del gobernador Mylius redactado en 1821 conforme á los testimonios de los supervivientes. En él se